

EUSEBIO BLASCO

El pañuelo blanco

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original

QUINTA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS.

N.º de la procedencia

EL PAÑUELO BLANCO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PAÑUELO BLANCO

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

Representada por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL, la noche del
10 de Diciembre de 1870

QUINTA EDICIÓN

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DCP.º

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CLARA (32 años).....	Doña Matilde Díez.
LA CONDESA (25 años).....	Doña Elisa Boldum.
EL CONDE (29 años).....	Don Manuel Catalina.
ROSITA (5 años).....	Doña Clotilde Domingo.
UN CRIADO.....	Don Julián Castro.
UN PASANTE DE COLEGIO...	Don Ramón Menor.

La acción es contemporánea. Se supone que dura desde las nueve á las doce y media de la noche



ACTO PRIMERO

El gabinete de la Condesa. Es de noche. En el centro un velador de costura y un quinqué. Rosita está bordando en un pañuelo blanco, y la Condesa, mirándola, inclinada sobre la labor.

ESCENA PRIMERA

La CONDESA y ROSITA

- COND. No, así no. Así: no tuerzas la mano y verás cómo lo haces mucho mejor. Así, eso es; así va muy bien.
- ROS Me canso, mamá.
- COND. Vamos, perezosilla, que no es para tanto. Algún mal rato has de darte para contentar á papá.
- ROS. Bueno.
- COND. Sigue así y verás qué pronto acabas.
- ROS ¿Así, mamá?
- COND. Así; ¿no ves, mujer? ¡Si es muy fácil!
- ROS. Sí, fácil; pues no es tan fácil. Ninguna niña de mi colegio ha hecho todavía una marca como esta.
- COND. Pero tú la haces porque sabes más que todas.
- ROS. ¿Verdad que sí?
- COND. ¡Ya lo creo!
- ROS. Ay, ya no sé cómo...
- COND. Trae. (Le enmienda la labor.) Toma.
- ROS. ¿Sigo?
- COND. ¡Pues es claro! Si ya no falta casi nada.

- ROS ¡Tengo sueño!
- COND. ¡Vaya por Dios! En menos de cinco minutos puede quedar la obra concluída.
- ROS. ¿Y después?
- COND. Después se la entregaremos á papá, porque mañana son sus días.
- ROS. Ya lo sé.
- COND. Eso es; mañana son los días de papá. ¿No sabes tú qué santo es mañana?
- ROS Ya lo creo. ¡San papá!
- COND. ¡No, mujer! (Riendo.) San Fernando.
- ROS ¡Ah! Pues la doncella de casa es de San Fernando, que dice que es un pueblo que hay junto á Cádiz.
- COND. Cierto.
- ROS. Entonces, mañana también son los días del pueblo de la doncella.
- COND. No, hija mía, no. (Riendo.)
- ROS. ¿Ah, conque no?
- COND. ¡Vamos, trabaja!
- ROS. ¿Han pasado ya cinco minutos?
- COND. No. Acaba, Rosita, acaba.
- ROS ¡Vaya con el pañuelo de papá!
- COND. Cuando él sepa el trabajo que te ha costado, ya verás qué regalo te hace tan bonito.
- ROS. A mí me da vergüenza darle el pañuelo.
- COND. ¿Por qué?
- ROS Porque como casi nunca veo á papá, me da vergüenza verle.
- COND. (Tiene razón.) Es que papá está muy ocupado, y por eso no viene por acá. Yo le daré el pañuelo de tu parte.
- ROS. Dí, mamá...
- COND. ¿Qué?
- ROS ¿Quieres tú á papá?
- COND. Mucho, hija mía.
- ROS ¿Pues por qué no te quiere él á tí?
- COND. ¿Quién te ha dicho eso?
- ROS. La doncella.
- COND. ¿De veras?
- ROS Y todos los de la casa.
- COND. (¡Dios mío! ¡qué vergüenza!)
- ROS. Y yo que lo veo.
- COND. Pues, ¿qué ves tú?

Ros. Toma, que nunca te saca á paseo ni á ninguna parte; y todas las niñas de mi colegio que tienen papá y mamá, van al Prado con ellos y al teatro... y ayer estábamos jugando al corro en el Prado, y me decían á mí las otras niñas:—«Esta niña no tiene papá.»

COND. (Muy conmovida.) ¿Te decían eso?

Ros. ¡Vaya! Y yo dije:—«Pues sí que tengo papá; sí, señora que le tengo.» Son muy fastidiosas esas niñas, verdad. Y entonces dijo otra niña:—«Sí que tiene papá, que le conozco yo, y viene mucho á mi casa, porque es muy amigo de mi mamá, y le trae flores y papeles de música.»

COND. (Muy inquieta.) ¿Quién dijo eso?

Ros. Paulinita Pérez.

COND. ¿Pérez? Su mamá es viuda, ¿verdad?

Ros. Sí.

COND. Vamos, acaba, acaba. (No me habían engañado los que aseguraban que Fernando hacía el amor á esa mujer.)

Ros. Ea, ya está bordado esto.

COND. ¿Ves? Ya está concluído. Ahora te vas á jugar un rato, y antes de que te vayas á dormir yo me encargo de entregar á papá el pañuelo.

Ros. Bueno.

(La Condesa tira del cordón de la campanilla. Entra un criado.)

COND. Avise usted á Juana para que entretenga un poco á la niña. Anda, hija mía, á descansar, que ya lo mereces.

(Aparece la doncella en la puerta.)

Ros. ¿Voy al colegio mañana?

COND. ¿No quieres ir?

Ros. ¡Como son los días de papá!

COND. Pues no irás.

Ros. Bueno. Y dile que si no te quiere, ya no le bordo otro pañuelo.

COND. ¡Sí que se lo diré!

Ros. Hasta luego, mamá.

COND. Hasta luego, hija mía. (La Condesa le da un beso y la niña se va corriendo y saltando á reunirse con el aya.)

ESCENA II

La CONDESA

¡Pobre hija mía! su natural inocencia acaba de hacerme la revelación de un suceso que yo presentía. No es un secreto para nadie que Fernando no me ama; los criados lo dicen sin temor delante de mis hijos, y es cosa indudable que el rubor de mi decepción habrá corrido por todo Madrid. Fortuna, posición, abundancia, ¿de qué me servís si mi corazón está solo y desamparado? Y yo, tonta de mí, no quería creer lo que la indiscreción de algún amigo oficioso venía á decirme al oído. Mi marido galantea á la viuda de Pérez... ¡oh! Y ya esto es ocasión de hablillas entre los niños.. la niña de la viuda tiene más edad que la mía... ¿y quién sabe lo que habrá dicho? (Pausa.) Hoy hace quince días justos que mi esposo no se ha presentado por acá. Le he enviado mis quejas con uno de sus más íntimos amigos. Si viniera... yo le presentaría el regalo de su hija, y tal vez de este modo le hiciera pensar en ella y en Carlos. Dos niños tan hermosos y tan poco amados por él... ¿Es posible que la diversión halague tanto que nos haga olvidar estos pedazos de nuestro corazón?

ESCENA III

La CONDESA y el CONDE

El Conde, que viene vestido como para ir a un baile, asoma por la puerta del foro y dice

CONDE ¿Se puede?
COND. (¡Ah, él!)
CONDE Buenas noches, esposa.

- COND. Buenas noches, Fernando ¿No entras?
CONDE ¿Vengo á estorbarte?
COND. No, hijo mío, entra.
CONDE (Entra tarareando y deja el abrigo sobre una silla.)
Tra, lara, lá... Hola, este piano es nuevo. Y estas cortinas... *pas mal, pas mal*. Me gustan estas novedades.
COND. Como no tienes costumbre de entrar...
CONDE Es verdad; todo se me hace nuevo. ¿Qué es eso, estás triste?
COND. (Disimulando.) No.
CONDE Juraría que no está alegres.
COND. No.
CONDE ¿Sabes una cosa?
COND. ¿Qué?
CONDE Que siempre que entro en tu cuarto se me olvida que soy tu marido.
COND. ¿Y qué crees que eres?
CONDE Tu amante.
COND. (Cree haberme dicho una galantería.) Marido ó amante, yo tengo mucho gusto en verte á mi lado.
CONDE ¿Pero dime, no sales esta noche?
COND. No.
CONDE ¿Recibes?
COND. Los viernes; ya sabes.
CONDE ¿Qué tienes, Matilde?
COND. Tengo pena.
CONDE ¿Y por qué?
COND. Porque se me figura que nuestro hijo no está bueno.
CONDE ¿Sabes algo?
COND. El director del colegio me envió á decir ayer que el niño estaba un poco delicado.
CONDE Bah, el cambio de tiempo.
COND. ¿Crees?...
CONDE Los chicos tienen siete vidas.
COND. En el colegio extrañan no haberte visto aún.
CONDE Tienes razón, yo no he tenido tiempo de ir á ver al muchacho; estoy tan ocupado...
COND. Como hace ya dos años que está en el colegio...
CONDE ¡Dos años! Cómo se pasa el tiempo... parece

que era ayer... ¿Dime, llevo bien hecho el lazo de la corbata?

COND. (Incomodada.) Sí, muy precioso.

CONDE ¿Y el pantalón no te parece demasiado estrecho? (Mirándose al espejo.)

COND. Bien está.

CONDE ¿En fin, mujer, qué tal te parezco?

COND. Muy guapo.

CONDE Sí, ¿eh? (Con tal que las demás opinen lo mismo...)

COND. ¿Sabes que la niña?...

CONDE ¿Qué hace la niña?

COND. Me ha preguntado por ti.

CONDE Hace días que no la veo.

COND. (Aquí del regalo.) Si vieras, está tan mona...

CONDE Me parece que su padre no es ningún monstruo.

COND. Todos me dicen que es encantadora.

CONDE ¿Estoy bien peinado?

COND. Sí; pues la niña...

CONDE Déjate ahora de niños, mujer; hazme otro lazo.

COND. ¿Pero dónde vas que tanto te compones?

CONDE Al baile de la embajada inglesa.

COND. Ya.

CONDE Va mucha gente.

COND. Ya lo creo.

CONDE ¿De verás no vas tú?

COND. No.

CONDE (¡Cuánto me alegro! Es cuanto deseaba saber, y me largo.)

COND. Si tú te empeñas...

CONDE ¡No, yo no!

COND. En ese caso...

CONDE Con que buenas noches, hijita.

COND. (Muy cariñosa.) No te vayas. Quédate aquí un poquito, ¿quieres? Yo te preparaba una sorpresa...

CONDE ¡Uf! ¿Qué sombrero he cogido yo? ¡A ver, Francisco!

CRIADO Señor.

CONDE Trae un sombrero *claque* que hay sobre la mesa de mi cuarto. Soy lo más distraído... (Deja sobre el velador el sombrero.)

- COND. ¿Con que te quedas un poco, verdad, Fernando? (Ahora mismo le doy el pañuelo.)
- CONDE Es muy tarde ya.
- COND. Supongo que no irás á encender las luces.
- CONDE No, pero figúrate que tuviera que ir antes á otra parte.
- COND. ¡Vamos, quédate! (Poniéndole las manos en el hombro,)
- CONDE (Desasiéndose.) Hija mía, ya sabes que yo no te privo de ir donde quieras. Me parece que esta libertad ha de ser recíproca... ¿eh?...
- COND. (Muy triste.) Nada más justo.
- CONDE ¿Qué sorpresa me preparabas?
- COND. No sé.
- CONDE Tú me lo has dicho.
- COND. Pues me habré equivocado. (Arrojando disimuladamente sobre el velador el pañuelo.)
- CONDE Ea, *addio*. ¿Dí, no tenías tú unos vales alemanes nuevos?
- COND. ¡Sí, ya sé cuáles!
- CONDE Unos que hacen...
- COND. Estos. (Se sienta al piano y toca un vals.)
- CONDE ¡Eso es! ¡Bravo! Dámelos. Me los han pedido por dos ó tres días...
- COND. ¿Quién, la de Pérez?
- CONDE (Haciéndose el distraído) ¿Cómo?
- COND. ¡Cierto era!
- CONDE ¿Qué dices de Pérez, chiquita?
- COND. Nada.
- CONDE Perdona, esta vez he oído perfectamente.
- COND. Pues bien, preguntaba si los vales eran para la señora de Pérez.
- CONDE ¿Y por qué te figuras?...
- COND. ¿Por qué?... porque sé que le gustan.
- CONDE Como que son preciosos. La, lara, lá... preciosos. Y tú los tocas admirablemente.
- COND. ¿Mejor que ella?
- CONDE ¿Que quién?
- COND. Que la de Pérez.
- CONDE. ¿Quieres un recibito?
- COND. Dispensa.
- CONDE ¡Te se puso hablar de eso!
- COND. Pues te aseguro que si yo fuera hombre no me moriría por ella.

- CONDE Hija, para morir siempre hay tiempo.
(Saca un pañuelo con una cenefa de listas azules para limpiarse el bigote)
- COND. ¡Ah! Dime, Fernando ..
- CONDE (Guardando los vales y el pañuelo.) Habla de prisa, porque es tarde.
- COND. ¿Vas al baile con un pañuelo de cenefa?
- CONDE Sí señora, con un pañolito de cenefa.
- COND. ¿Y si yo te lo cambiara por uno blanco?
- CONDE ¿Blanco, eh?
- COND. Con tus iniciales y tus armas bordadas de color de café.
- CONDE ¡Pues estaría bonito!
- COND. ¡Eh!
- CONDE No, hija, no, guárdate esa monada. Yo llevo este pañuelo... ¿eh? ¡Esto es un pañuelo!
- COND. Muy feo.
- CONDE ¡Feo!
- COND. ¿Dónde has comprado eso?
- CONDE En ninguna parte.
- COND. ¡Ah! ¿te lo han regalado? (Con inquietud,)
- CONDE Sí señora.
- COND. ¿Y quién?
- CONDE ¡Uf! Eso sí que está mal. Eso es impolítico.
- COND. Poco me importa. (Rapidez hasta el final de la escena.)
- CONDE Ea, hasta luego. (Marchándose.)
- COND. Espera. (Deteniéndole.)
- CONDE ¡Si no he de decirlo!
- COND. Pues yo creo... (Muy incomódada.)
- CONDE ¡No te molestes!
- CRIADO La señora de Antúnez.

ESCENA IV

EL CONDE, la CONDESA, CLARA

- CLARA Muy buenas noches. (Va á besar á la Condesa.)
- CONDE Oh, señora, ¿cómo está usted?
- CLARA Gracias, ¿y usted? ¿Y tú?... ¿Lloras?
- COND. ¡Chist!

- CLARA (Hola, se estaban peleando.)
CONDE Llega usted á tiempo.
CLARA ¿Pues qué pasa?
CONDE Figúrese usted que mi mujer se ha incomodado conmigo hasta el punto de no quererme dejar salir porque no le he dicho quién me ha regalado una cosa.
CLARA ¿Y de qué se trata?
CONDE De un pañuelo.
CLARA A ver ese pañuelo.
CONDE Ahí lo tiene usted. (Enseñandoselo.)
CLARA Ah, sí. Este es el que estaba bordando la viuda de Pérez.
CONDE }
COND. } ¿Eh?
CONDE (Nos caímos.)
COND. ¿Estás segura?
CLARA Segurísima.
CONDE ¿Y en qué lo ha conocido usted?
CLARA ¡Uf! Este pañuelo se empezó á bordar para regalárselo á un amigo mío, que no lo recibió porque se marchó al extranjero. Después era para el conde Korf, un secretario de embajada que hizo el amor á nuestra amiga: cuando ésta se disponía á acabarlo, el conde ruso desapareció; después era para un teniente de Estado Mayor, que se murió tísico; después para el tenor Mario; después. .
CONDE Basta, por Dios.
CLARA ¡Si le digo á usted que ha estado destinado a media Europa! Haciendo y deshaciendo iniciales se pasa esa señora la vida.
CONDE Señora...
CLARA Usted ha tenido más fortuna, porque ha logrado ver concluida la obra. ¿La ha heredado usted?
CONDE ¿Eh?
CLARA ¡Ja, ja, ja! (Ríete como yo.) (A la Condesa.)
COND. ¡Ja, ja, ja! (Esforzándose por reír.)
CONDE ¡Pero, señor, no parece sino que no hay más que un pañuelo en el mundo!
CLARA Lo que es como ese, no.
CONDE ¿Por qué?

- CLARA Porque es muy feo.
CONDE (¡Tiene esta señora unas cosas!..)
CLARA ¡Azul! ¡Yo detesto lo azul!
COND. Y yo.
CLARA ¿Eh? También ella. Y todas las personas de buen gusto. Usted estaba muy hueco con su regalo y no quería declarar el nombre de la incógnita.
CONDE Es que niego terminantemente...
CLARA Conde, es inútil. Todos sabemos que usted se pasa la vida haciendo el tonto á todas las mujeres que encuentra al psao.
CONDE Señora..
CLARA A todas, menos á ésta, que es un ángel. Por supuesto que ella se tiene la culpa. Bien dice el refrán, que todos los pícaros tienen fortuna.
CONDE (Yo no he visto nunca una manera de hablar parecida.)
CLARA Mi marido podía hacer la de usted, y había de ver lo que era bueno. Verdad es que el pobre no tiene mucho que agradecerle á Dios, y aunque se dirigiera á las mujeres no sacaría partido, pero así y todo, si yo supiese la cosa más insignificante... Y á propósito de mi marido, Conde, tengo que pedirle á usted un favor.
CONDE (Pues estoy yo bueno para hacer favores.)
COND. ¿Oyes, Fernando?
CONDE ¡Oh, sí, señora, sí!
CLARA Dicen que tiene usted influencia en esta gente que manda; me va usted á ascender á mi esposo. Yo estoy ya cansada de ser brigadiera, y él quieto que quieto.
CONDE Señora, yo veré.
CLARA Hágalo usted por mí, hombre. ¡Es una ridiculez que yo no sea más que brigadiera!
COND. Tú mereces más.
CONDE (Yo bien sé lo que merece.)
CLARA ¿Verdad que sí?
COND. ¡Tú tan hermosa, tan joven, tan...
CONDE ¡Tan *chic*! (Burlón.)
COND. Una mujer que impone la moda...
CLARA Pues ya ves tú que con el sueldo de un bri-

gadier no hay para alfileres. Conque es cosa hecha, ¿verdad, Conde? ¡Qué apretón de manos he de darle á usted!

CONDE

¡Hola!

CLARA

No sabe usted cuánto se lo agradecería; y á todo esto, ¿vienes al baile ó no?

COND.

No.

CLARA

¿Y por qué no, mujer?

CONDE

(Mi mujer está trinando.)

COND.

Porque no puedo.

CLARA

Caballero, lleve usted á su señora al baile.

CONDE

¿Yo? Yo no obligo á andie. Que vaya si quiere.

CLARA

¡Qué amable es usted, hombre! Bien que un hombre que lleva un pañuelo con listas azules...

COND.

Pero, señora...

CLARA

Es capaz de todo.

CONDE

(¡Me está poniendo nervioso!)

CLARA

¿Conque no vienes, eh? Lo siento de veras. Apuesto á que está disgustada. ¿Qué es ello? Alguna picardía de usted. Le digo á usted que hay que convenir en que estos maridos son insufribles. ¡Uf! ¡Qué gentel! Señores, muy buenas noches. Adiós, hija mía, adiós, te compadezco. Abur, amigo. ¡Que no pierda usted esa monería!

ESCENA V

EL CONDE, 1^a CONDESA

CONDE

Tienes unas amigas... que.. francamente...

COND.

¿Y qué quieres? Cada cual es como Dios le ha hecho.

CONDE

Lo menos te figuras tú que el pañuelo me lo ha regalado la de Pérez.

COND.

No.

CONDE

¡La verdad!

COND.

Cuando tú no lo confieras será porque no es cierto.

- CONDE Se te conoce en la cara que estás disimulando.
- COND. ¡Qué idea!
- CONDE Y es una tontería no hablarme claro.
- COND. ¿Te empeñas en ello?
- CONDE Sí.
- COND. Pues habrá que darte gusto.
- CONDE Ah, ¿con que tú crees que ha sido ella?
- COND. Sí.
- CONDE Vamos á ver, y aunque así fuese, ¿qué tendría de particular?
- COND. ¡Nadal!
- CONDE ¿Verdad?
- COND. Por eso me extraña que quieras negarlo.
- CONDE ¿Negarlo?
- COND. ¿Acaso lo has confesado?
- CONDE ¿No?
- COND. No.
- CONDE ¿Ah, no?
- COND. No.
- CONDE Pues... efectivamente, ella ha sido. (Pausa. La Condesa queda mirando al suelo.) ¿Eh? ¿decías algo?
- COND. No. (Haciendo esfuerzos extraordinarios para disimular.)
- CONDE ¡Ea, buenas noches, ya volveré por aquí. (se va precipitadamente. Cuando ya está en la puerta la Condesa le llama de pronto.)
- COND. ¡Fernando!
- CONDE ¡Eh!
- COND. No me dejes así. (Muy triste.)
- CONDE ¡Así! ¿Pues qué pasa? Cualquiera diría que estamos disgustados .. y después de todo. . . ¡qué demonio! Le bordan á uno un pañuelo, lo coge, se lo mete en el bolsillo y pare usted de contar. ¿Eh? ¡digo yo!
- COND. Dime, Fernando.
- CONDE ¿Qué, hija mía? (Esforzándose por aparecer cariñoso.)
- COND. Si yo te pidiera ese pañuelo, ¿me le darías?
- CONDE ¡Psth! ¿Y para qué te sirve á tí eso? ¡Uf, las nueve y media! Me voy corriendo.
- COND. Espera. Regálamelo.
- CONDE ¿Lo vas á usar tú?

- COND. ¿No lo usas tú?
CONDE Mujer, no es lo mismo.
COND. Bueno, si no le uso, le echaré al fuego, pero dámele.
CONDE ¡Ah! ¡Por fin hablaste claro! ¿Conque al fuego? Pues mira, yo también te voy á hablar claro. No quiero.
COND. Estás en tu derecho.
CONDE ¡Ya lo creo!
COND. Pero es muy triste que todo el mundo te vea usar esa prenda que otra mujer te ha regalado.
CONDE No parece sino que voy á ir diciendo por la calle: ¡Eh, caballero, mire usted qué pañolito me ha regalado ayer la señora de Pérez!
COND. Fernando, yo te lo suplico.
CONDE ¡Pero qué tontería! (Desde este momento la escena debe hacerse con mucha rapidez y alzando progresivamente la voz ambos personajes.)
COND. ¡No tengo celos, pero hazme ese regalo!
CONDE ¡Dale!
COND. ¿Quieres que tenga celos de veras?
CONDE No hay motivo.
COND. ¿Por qué, pues, me atormentas?
CONDE ¡Son niñadas tuyas!
COND. ¡Te lo ruego! (Cogiéndole las manos.)
CONDE ¡Es una terquedad!
COND. ¡No es sino cariño!
CONDE ¡Suéltame! (Forcejeando.)
COND. ¡Mírame de rodillas! (Arrodillándose.)
CONDE ¡Qué obstinación! (Irritado.)
COND. ¡Por Dios te lo suplico!
CONDE ¡Quita!
COND. ¡¡Por nuestro amor!!
CONDE ¡Eh! ¡Qué tontería! (Se desase de ella de un tirón; la Condesa cae de bruces sollozando. El Conde se va precipitadamente á buscar el abrigo y el sombrero. En este momento sale la niña y va corriendo hacia su padre.)

ESCENA VI

EL CONDE, la CONDESA y ROSITA

Ros. Papá, papá, ¿llevas el pañuelo?
CONDE ¡Ah! ¿También tú? ¡Quita, niña, quita! (La echa de sí y sale precipitadamente. La niña va corriendo hacia su madre, que la recibe en sus brazos y la besa llorando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. La Condesa leyendo para que ciga la niña. La niña de rodillas en una silla, apoyando los brazos en el velador oyendo la lectura.

ESCENA PRIMERA

La CONDESA y ROSITA

COND. (Leyendo.) «El príncipe era de natural violento, y solía reprender duramente á todo el que vivía á su lado; defecto gravísimo, no solamente en una persona de sangre real, que por lo mismo que está sobre todos debe tratar á todos con benevolencia, sino en cualquiera otra persona. Notad bien cuán desgraciado es aquel que no vive sino para maldecir y tratar mal á sus semejantes. Acaba por ser odiado de cuantos le rodean. El príncipe no había querido atender los consejos de sus preceptores y llegó á la edad de veinte años con todos los malos instintos que la educación debe corregir en la infancia. La princesa, su esposa, que debía ser el objeto de todas sus atenciones, sufría en silencio el abandono á que el príncipe la había condenado; y así vivía sola y desamorada porque el príncipe desdeñoso y desordenado no hacía caso alguno de ella.»

Ros Dí, mamá.

- COND. ¿Qué?
ROS ¿Papá ha sido príncipe alguna vez?
COND. No.
ROS Pues hace lo mismo que hacía el príncipe, ¿verdad?
COND. No. (Disimulando la pena.)
ROS. Oye, ¿y es verdad lo que dice el aya que dijo papá antes cuando salió de aquí?
COND. ¿Qué?
ROS. Dice que salía gritando: «Ya no vuelvo más, ya no vuelvo más.»
COND. ¡Quién sabe, hija, quién sabe!
ROS. ¡Ay! ¿Y nos vamos á quedar solas?
COND. No te ocupes tú de esas cosas, que no son cosas de niñas. Calla y oye. (Leyendo.) «La princesa, cuyo carácter contrastaba notablemente con el de su augusto esposo, solía perdonarle sus extravíos. Un día el príncipe desapareció sin decir adonde iba, y la corte se vistió de luto creyéndole muerto; pero habiendo averiguado la princesa que el príncipe había partido á lejanas tierras en busca de placeres y aventuras, se propuso hallarle y al efecto empezó á recorrer el mundo. Al cabo de tres meses logró encontrarle enfermo y dolorido, hastiado de aquella vida aventurera: y arrepentido al ver la paciencia y la bondad de su joven esposa, se arrojó en sus brazos y volvió á sus hogares.»
ROS. Mamá.
COND. ¿Qué te ocurre ahora?
ROS. Si tú quieres, vamos á hacer una cosa.
COND. ¿Qué?
ROS. Tú y yo nos vamos á recorrer el mundo, y no hemos de volver á casa hasta que encontremos á papá.
COND. (Es imposible continuar.) Rosita, es muy tarde y debes acostarte. (Tira del cordón de la campanilla aparece el aya.)
ROS. ¿Te has enfadado conmigo?
COND. No, hija mía, no.
ROS. Buenas noches, mamá. (Dándole un beso.)
COND. Buenas noches.

ESCENA II

La CONDESA

¡Me parte el corazón! (Pausa.) Ha dicho Fernando que no volverá más .. ¿y qué motivo le he dado? Yo soy quien va á partir. Y aunque supiera ir pidiendo limosna de puerta en puerta con mis hijos, sería más feliz que viéndoles desamparados de su padre y arruinados por sus locuras. ¡Pobre niña! Ha pasado un mes trabajando sin descanso; ha hecho un trabajo superior á sus fuerzas y á su inteligencia para que su padre prefiera el mismo regalo de una mujer que... ¡Bien temía yo que este pañuelo blanco llegaría tarde á manos de Fernando! ¡Tarde! Oh, sí, indudablemente ama á esa mujer. ¿Tendrán razón aquellas de mis amigas que aseguran que se debe no amar á los hombres para ser amada de ellos? Hay que ser coqueta, hay que ser frívola... es inútil pretender rodear de encantos la vida doméstica... esto es vulgar, ¿qué encanto tiene la mujer de su casa?

ESCENA III

La CONDESA, CLARA

CLARA

Pues, señor, renuncio á la fiesta.

COND.

¿Cómo es eso? ¿Dejas el baile?

CLARA

Sí, hija mía, dame una taza de te y hazme oír unos vales. Prefiero tu gabinete á los salones del embajador. ¡Ay, qué divertido es esto de vestirse una de pies á cabeza para ir á darse de encontrones con una porción de pollos insufribles y de amiguitas inconvenientes! Si yo sé lo que me iba á suceder no sa'go de mi casa.

COND.

¿Pues qué ha sido?

- CLARA ¿Qué ha de ser? Que mi señor marido me dijo que no iba al baile y yo entonces pensé en ir. Ahora llego allá, y al entrar en el primer salón ¡paf! mi señor brigadier en cuerpo y alma.
- COND. Pero... bien, ¿y qué?
- CLARA Que no quiero baile. Que no me divierto yo teniendo un testigo de vista. Y sobre todo, ¿crees que no tengo bastante con ver á mi marido á las horas de comer? Basta y sobra, querida, basta y sobra.
- COND. ¿Os llevais mal?
- CLARA No nos llevamos ni mal ni bien. Yo creía ser libre esta noche y vea usted por dónde mi señor don Felipe de mi corazón... mira tú que tener un marido que se llama Felipe... es horroroso, ¿eh? ¡En qué estaría yo pensando!
- COND. (¡Qué feliz es quien tiene tal honor!)
- CLARA ¡Vaya con Felipito!
- COND. Clara, tú no amas á tu marido.
- CLARA ¿Yo? Hace cuatro años que es brigadier; todos los maridos de mis amigas son generales... ¡y él nada! Me está poniendo en ridículo! Ya ves tú que con bien poco trabajo podia darme más decoro. ¡Cualquiera es general! Pues él quieto como un muerto.
- COND. ¿Y qué remedio? No será de los que ahora mandan...
- CLARA Si es un poltrón que no se mete en eso. En fin, no se ha pronunciado nunca, ya ves qué hombre será.
- COND. ¿Pero te quiere?
- CLARA Hija, eso es tan barato, que no tiene mérito.
- COND. Veo que no sois felices.
- CLARA Sí, lo que es él, mucho; pero yo, de puro feliz voy á estallar un día. ¡Y qué celos y qué obcecaciones! Tiene diez años más que yo. ¿Tengo yo la culpa de que naciera antes?
- COND. ¿Os casasteis enamorados?
- CLARA No; pero yo me propuse enamorarle á él, y casi me pesa de haberlo conseguido.

- COND. (Con mucha intención.) ¡Ah! ¿tú lograste?...
- CLARA ¿Hay nada más fácil?
- COND. (Muy animada.) ¿Crees tú?...
- CLARA Mira, Matilde, en toda pasión hay uno que ama y otro que es amado; uno que quiere y otro que se deja querer; el amor y la guerra se parecen mucho; hay un vencedor y un vencido; el gran secreto consiste en ganar la batalla; el corazón del hombre, y lo mismo el de la mujer, son como un violín, cuyo sonido grato ó ingrato depende del que lo toca; por eso, en amor, el que toca el violín es el que se entrega de buenas á primeras. ¿Tú no sabes por qué se casan los hombres? Pues los hombres se casan porque las mujeres son buenas: ¡mira tú cómo á medida que hay libertad en las costumbres, una boda va siendo cosa rara! El hombre es un egoísta de tal vuelo, que ha tenido la osadía de definir el amor diciendo que es el egoísmo de dos seres. No hay tal cosa: el amor es el egoísmo del que es amado, y el sacrificio del que ama. Si los hombres vencieran en el primer grado de su pasión, no se casarían jamás. Por eso hay que tenerlos siempre á raya, darles esperanzas, y nada más que esperanzas; atraparles, cogerles por la nariz y no soltarles fácilmente, porque esos caballeros, además de que hacen la guerra de mala fe, así que son dueños del campo desconfían de todo, y es preciso saber hacer un uso conveniente de esa desconfianza. Hay que explotar esa duda en que viven constantemente, sin que por eso faltemos á nuestros deberes, á pesar de que eso y todo merecían, porque la mayor parte de los maridos libertinos creen que en el mundo no hay mujeres virtuosas. Sucede con la virtud lo que sucede con la divinidad: el que no la comprende, la niega.
- COND. Yo no puedo pensar así...
- CLARA Pero ahora que reparo, tú has llorado, tú lloras.
- COND. (Disimulando.) No.

- CLARA ¡Si lo estoy viendo!
- COND. ¡Qué idea! (Esforzándose por disimular.)
- CLARA (¿Qué sucede aquí?) (Va á dejar el abrigo en una silla del fondo y vuelve.) Vamos á ver, cuéntame todo. A una amiga de la infancia no se le debe ocultar nada.
- COND. Si no...
- CLARA Pero, tonta, ¿crees tú que eso se puede ocultar? ¿no sabes tú que el llanto y la hermosura saltan á los ojos? Vamos, vamos, ¿qué es ello?
- COND. Pues bien es... es... (Rompe á llorar ruidosamente, cayendo al mismo tiempo de bruces sobre un sofá y ocultando el rostro con ambas manos. Momentos de silencio, durante los cuales debe oírse el sollozar de la Condesa. Clara respeta por algunos instantes este desahogo del corazón, y después va á sentarse en una silla próxima al sofá, procurando levantar dulcemente la cabeza de su amiga.)
- CLARA Matilde. (La Condesa no contesta.) Matilde, amiga mía... explícame... ¡Ah! ¡ya sé lo que es! ¡El pañuelo de listas azules! La Condesa dice que sí con la cabeza.) ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! ¿Pero es posible que una mujer como la viuda de Pérez promueva estos disgustos? ¡Una mujer que bizca de este ojo! No puede ser; tu marido no ama á ese mujer. (La Condesa dice que sí con la cabeza.) ¡Te digo que no puede ser!
- COND. Y no es eso solo lo que me inquieta.
- CLARA ¿Hay más?
- COND. Fernando no me ama.
- CLARA ¡Qué tontería!
- COND. Fernando no me ama. Tuvo capricho por mí; se casó conmigo: durante la luna de miel fué muy amable y muy cariñoso; pero yo pertenecía á la clase media, él era conde; me hizo un favor al darme su apellido, y no tengo derecho á quejarme.
- CLARA (Esta criatura es lo más infeliz!...)
- COND. Los dos primeros años fuimos dichosos, es verdad. Me llevó á París, hicimos el viaje de Italia, visitamos la Suiza, me deslumbró con tanta novedad y con tanta riqueza, que

yo, pobre de mí, pasé de la noche al día como en un sueño; pero no sé por qué me daba el corazón que aquella felicidad no sería duradera. Recuerdo que un día, al volver á Francia por el Mont-Cenis, el tren se detuvo en la aldea de San Miguel, al pie de los Alpes. Mientras los aduaneros revisaban los baules, Fernando y yo nos entreteníamos en contemplar el paisaje; rodeábanos la nieve por todas partes; y enterrados en aquella nieve, dos niños muy hermosos nos alargaban la mano pidiendo con lastimera voz una limosna. Yo les di mi portamonedas, y le dije á Fernando:—«¡Qué lástima me da! ¡Qué niños tan hermosos y tan desgraciados! ¿Querrás tú mucho á tus hijos?—No me gustan los niños, respondió mi marido; son molestos y dan mucho tormento.» Se me heló el corazón al oír estas palabras.

CLARA Lo comprendo. Si yo fuera madre, sería más dichosa.

COND. Volvimos á Madrid y ya se acabó para mí toda ventura. Fernando vivía lejos de mí; volvía á deshora; no me hablaba sino para preguntarme si necesitaba dinero. Tuvo un duelo, le hirieron en un brazo, no faltó quien me dijese que había sido por una mujer casada; pero yo... no lo pude remediar... me pasé dos meses á la cabecera de su cama.

CLARA ¡Qué barbaridad!

COND. Cuatro años hace de esto y desde entonces apenas si se ocupa de mí, apenas si nos vemos; y no lo siento por mí, que ya me he resignado á todo, lo siento por los niños. El mayor hace dos años que contra mi voluntad está encerrado día y noche en un colegio. En esos dos años ni una sola vez ha ido su padre á verle; estoy segura de que si le encuentra en la calle no le conocerá. Aquí viene todos los sábados y nunca ha logrado ver á su padre.—«Sabes que Carlitos tiene ya una preciosa letra inglesa» le dije á mi marido hace pocos días.—«Pues eso es de

mal tono, me respondió, volviéndome la espalda.»

CLARA Sí; el buen tono consiste en hacer unos garapatos que nadie entienda.

COND. En cuanto á la niña, ha pasado un mes bordando un pañuelo para su papá, y cuando esta noche iba yo á presentar al padre la obra...

CLARA ¡Ha sacado él el pañuelo de la bizca!

COND. Precisamente. ¡Ay, Clara! Yo estoy decidida á volver á Valladolid á casa de mis padres.

CLARA ¿De veras?

COND. Sí; porque además de cuanto te llevo dicho, mis hijos, cuando sean mayores, serán tan pobres como el pobre de más humilde cuna. Fernando, según él mismo me ha confesado en un momento de mal humor, ha perdido en el Casino las dos terceras partes de su fortuna.

CLARA ¿Sí, eh? (Levantándose.) Pues, hija mía, antes de que pierda la otra tercera, es preciso que esto se arregle. Donde no hay gobierno, él se pone, decía mi padre, que había sido realista.

COND. Esto no tiene arreglo.

CLARA Allá lo veremos.

COND. ¿Crees?..

CLARA Yo te debo muchos favores... y te quiero muchísimo; y no vuelvo á mi casa sin haber dado una vuelta á la tuya. ¡Tú eres muy tonta!

COND. ¿Yo?

CLARA ¡Mucho! ¿A qué has llorado delante de él?

COND. No se disimular.

CLARA ¿Lo ves? ¡Eso es ridículo! Cuando te den ganas de llorar delante de él, dile que te duelen las muelas ó que te aprietan las botas, pero no le des el gustazo. (Tira de la campanilla.)

COND. ¿Pero que haces?

CLARA ¡No los conoces, hija, no los conoces! (Aparece el criado.) ¡El coche de la señora al momento!

COND. ¿Perc qué?...

- CLARA ¿Quieres la paz?
COND. Sí.
CLARA ¿Quieres que tu marido entre en vereda?
COND. Sí.
CLARA ¿Que se ocupe de sus hijos?
COND. Sí.
CLARA ¿Que esto varíe?
COND. Sí.
CLARA Pues obedece y calla.
COND. ¿Qué hago?
CLARA Vístete inmediatamente.
COND. ¿Ahora?
CLARA Ahora mismo.
COND. ¿Adónde voy?
CLARA A tomar el fresco, que bien lo necesitas. Date un paseo de un cuarto de hora y ponte algo que indique á tu marido que has estado en un baile. Cualquiera cosa, un vestido de gasa, unas flores, pero en seguida.
COND. ¡Pero... Clara!
CLARA ¡Corre, que es tarde!
COND. Supongo que no es broma.
CLARA Anda y no chistes.
COND. Mas ..
CLARA ¡Corriendo! (La empuja hacia su cuarto. Tira de la campanilla. Entra el criado.) ¡La doncella de la señora! (Entra la doncella. Clara le señala para que entre á vestir á la Condesa. La doncella entra.)

ESCENA IV

CLARA, paseando por el cuarto muy incomodada

¡Pues no faltaba más! Una muchacha en la flor de su juventud, poniéndose á los piés de un marido que se divierte por ahí. Y todo por ser una infeliz y por no conocer al hombre que tiene al lado. Yo le conozco mejor que ella. Este Conde es un títere que no piensa más que en ponerse muy bonito y en forjarse la ilusión de que le adoran todas las mujeres. Dejará el asunto más im-

portante si cree que una mujer le ha mirado con cierta intención. Si no me diera Dios más trabajo... Oh, de esto hay mucho. Hay por ahí una porción de simples que son felices porque se han llegado á figurar que están en relaciones con tres ó cuatro mujeres. Una mira á todos lados, porque para eso tiene los ojos; en cuanto la vista de uno de ellos se encuentra con la de una, ya le están diciendo al amiguito que tienen más cerca.—«¡Chico, qué varas toma!»—Mire usted qué manera de hablar. ¡Varas! ¡Ni que fuera una un toro de siete años!

ESCENA V

CLARA, el CONDE

Durante toda esta escena, Clara pasea bastante deprisa

- CONDE (Hola, otra vez aquí la amiguita.) Buenas noches.
- CLARA Servidora de usted. (Siempre paseando por el cuarto.)
- CONDE ¿Ya ha vuelto usted?
- CLARA La pregunta del aragonés.
- CONDE ¿Cómo?
- CLARA ¿Pues no lo está usted viendo?
- CONDE Yo también he dejado el baile...
- CLARA Lo veo.
- CONDE Y me alegro de encontrar á usted.
- CLARA Gracias.
- CONDE Quiero que sepa usted á lo que vengo.
- CLARA No soy curiosa.
- CONDE Sin embargo, usted ha ayudado á mi mujer á crear una cosa.
- CLARA ¿Yo?
- CONDE Sepa usted que en el baile he encontrado á la señora de Pérez.
- CLARA Como que no ha ido usted más que á eso.
- CONDE ¿Sigue usted creyendo?...
- CLARA Siga usted hablando.

- CONDE Y allí he sabido que todos estos disgustos no reconocen más origen que habladurias de chiquillos.
- CLARA ¡Hombre!
- CONDE La viuda tiene una niña.
- CLARA Está en su derecho.
- CONDE Y yo tengo otra.
- CLARA Lo dudo.
- CONDE ¡Señora! ¿Por qué?
- CLARA Porque nunca le he visto á usted con ella.
- CONDE Bueno. Las dos niñas van al mismo colegio, y allí parece que han hablado de si voy ó no á casa de la de Pérez.
- CLARA Si no fuera usted no hubieran dicho nada.
- CONDE Y yo vengo expresamente á reñir á mi mujer.
- CLARA ¡Qué le parece á usted!
- CONDE Y á encargarle que prohíba á la niña meterse en honduras.
- CLARA Me parece que el que se mete en honduras es usted.
- CONDE Eso no impedirá que yo haga entender á mi mujer lo que hace al caso.
- CLARA ¿Sí, eh?
- CONDE Sí, señora, y que sepa...
- CLARA Pues, hijo mío, ha llegado usted tarde.
- CONDE ¿Por qué?
- CLARA Porque Matilde ha salido.
- CONDE ¿A estas horas?
- CLARA Cada uno sale cuando puede.
- CONDE Me dijo que no salía...
- CLARA Pues voló.
- CONDE ¿Y á dónde ha ido?
- CLARA Al baile.
- CONDE ¿Al baile? (Muy sorprendido.)
- CLARA Al baile.
- CONDE ¿Pero cuándo?
- CLARA Ahora mismo.
- CONDE ¿Y cómo es que ha variado de opinión?
- CLARA Ahí verá usted.
- CONDE Sin embargo...
- CLARA Porque está fu iosa.
- CONDE ¿Furiosa?
- CLARA Sí, señor.

- CONDE ¿Conmigo?
CLARA Con la otra.
CONDE ¿Quién es la otra?
CLARA La... otra. (Marcando con un gesto la cara de la
 bizca.)
CONDE Señora, hable usted.
CLARA La de Pérez.
CONDE ¿Eh?
CLARA Sí, señor, usted la ha tratado mal; está ce-
 losa, y usted no sabe lo que es capaz de ha-
 cer una mujer celosa.
CONDE ¿Será posible? (Poniéndose el abrigo muy de prisa.)
CLARA Va dispuesta á olvidarse de quien es...
CONDE ¿Eh?
CLARA Y á dar un escándalo.
CONDE ¡No puede ser! (Cogiendo el sombrero.)
CLARA Ya verá usted si puede ser. Y yo se lo he
 aconsejado, porque yo haría lo mismo.
CONDE Pero una persona bien educada...
CLARA Amigo mío, los celos no tienen educación.
CONDE Y cree usted...
CLARA Creo que llegar y darle un sofoquín á la
 viudita, será todo uno.
CONDE ¿Se atreverá?...
CLARA Aquí me tiene usted á mí, que en un baile
 de Palacio se me puso que Felipe estaba
 haciendo el amor á una vizcondesa, y sin
 reparar en nada, me fui corriendo á él, y
 ¡zás! de un tirón me quedé con la corbata
 en la mano.
CONDE ¡Qué horror!
CLARA Sí, señor, sí. ¡Si viera usted qué cara puso la
 vizcondesa!
CONDE ¡Oh!
CLARA Como la que pondrá la vizcondesa de usted.
CONDE ¡Ay, qué atrocidad! ¡Corro á buscar á mi
 mujer! (Marchándose.)
CLARA Creo que llega usted tarde.
CONDE Abur, señora. (Ya en la puerta.)
CLARA Vaya usted con Dios.

ESCENA VI

CLARA, CONDESA, con traje de baile

- CLARA Corre, Matilde, que ya está disparado el primer cañonazo.
- COND. ¿Estoy bien así?
- CLARA ¡De cualquier modo!
- COND. ¿Pero, qué has hecho?
- CLARA Nada, ya verás.
- CRIADO Está el coche.
- CLARA ¡Magnífico! ¿Dónde está el pañuelo que ha bordado tu hija?
- COND. Aquí... (Se lo da.)
- CLARA ¿Tienes un sobre grande?
- COND. Sí. (Va corriendo á una mesita de escritorio y le da un paquete de sobres grandes á Clara.)

ESCENA VII

CLARA, la CONDESA, el CRIADO

- CRIADO Señora...
- COND. ¿Qué?
- CRIADO Ahí está un hombre que pregunta por usía. Dice que necesita verla para un asunto urgente. Aquí está la tarjeta.
- COND. ¡Ay, Dios mío! ¡Es la tarjeta del director del colegio de mi hijo!... Que pase al momento.
- CLARA ¿Qué será?
- COND. ¡Alguna desgracia! ¡Ay, Clara, las penas no vienen nunca solas!

ESCENA VIII

CLARA, la CONDESA, el PASANTE

- PAS. Señora Condesa...
- COND. Pase usted. ¿Qué sucede? Mi hijo ..
- PAS. No se asuste usted, señora, no sucede nada

- grave, sino que el niño está un poco delicado desde esta mañana, y se ha empeñado en ver á usted. Por más que hemos querido convencerle de que esperase á mañana...
- COND. Hijo mío...
- PAS. No quiere callar, y grita, y se desespera, llamando á usted. El señorito ha escrito á usted, y el director me ha hecho venir... (Le da una carta)
- COND. Oh, voy al momento... no se marche usted... Le llevaré en el coche... ¿Ves? Mi hijo está enfermo, y tú querías... Mira qué bien escribe...
- CLARA Yo quería que fueras á alguna parte, y este suceso viene de molde. ¡Ojalá no sea nada!
- COND. ¡Voy con un cuidado!...
- PAS. No es nada.
- CLARA De seguro. Corre. Ven pronto. Si el niño no está grave, traételo. ¿Oyes?
- COND. ¡Ya lo creo! ¡Hasta luego!
- CLARA ¡Hasta luego!
- COND. Cuida de mi niña.
- CLARA No temas nada.

ESCENA IX

CLARA

Admirable, admirable, admirable. Todo nos ayuda. Necesitaba yo que los dos niños estuviesen en casa esta noche y lo estarán. (Leyendo la carta del niño,) «No he podido ir hoy á verte porque estoy enfermo. Tengo muchos deseos de verte; quiero ir á verte, te quiere mucho, mucho, mucho, tu Carlos.» ¡Y qué bonita forma de letra! Nadie dirá que es de un niño de seis años. En cuanto al estilo, salvadas las repeticiones, no está mal. Tiene novedad; Ni siquiera hay la fórmula de costumbre: Querida mamá. Está escrito con *sans façon*; vamos, que parece la carta de un novio á su novia. ¡Pobre criatura! (Al ir á sentarse al velador repara en que

el Pasante se ha equivocado y se ha llevado el sombrero que el Conde se dejó en el primer acto.) ¡Qué sombrero tan viejo! ¡Ah! (Yendo hacia el foro.) El Pasante se ha llevado un sombrero del Conde. ¡Bah! A bien que el Conde tendrá muchos sombreros. (Como asaltada de pronto por una idea.) ¡Ah! (Pensando por breves momentos.) Bien dice mi marido, que lo que no se les ocurre á cien hombres, se le ocurre á una mujer. ¡Qué gran idea... y qué gran sombrero! La Providencia protege mis planes. (Se sienta en el velador, dobla el pañuelo blanco que le dió la Condesa y lo mete en un sobre.) Esto es. Ahora las señas. (Escribe en el sobre y toca la campanilla. Entra el Criado.) Oiga usted, cuando el señor Conde vuelva y esté hablando conmigo, entrará usted esta carta para él, diciendo que la ha traído un criado.

CRIADO

Está bien.

CLARA

Tome usted. (Le da el sobre.)

CRIADO

¿La señora va á tomar té?

CLARA

Sí. Dentro de un poco. Ahora demos una vuelta por la chiquitina. Voy á hacer que la despierten y me la tengan preparada. ¡Hombres! ¡Hombres! ¡Ay! ¡qué hombres!

ESCENA IX

EL CONDE

¿Qué significa esto? Clara me dice que mi mujer ha ido al baile y resulta que no hay tal cosa. Allí no ha estado; allí no está. (Suena la media en el reloj de la chimenea.) Las once y media. ¿Dónde ha ido mi mujer á estas horas? ¿Me habrán querido embromar? ¿Se habrá acostado? Mi mujer no es capaz de hacer una ligereza. ¡Cál! ¡Es más bonachona y más boba! Para ella no hay ni pena ni gloria. ¡Qué guapa estaba la viuda! Ese pequeño extravismo del ojo izquierdo le da

una gracia... Así dicen que era la princesa de Eboli, y Felipe segundo estaba tan enamorado de ella. Comprendo á Felipe segundo. (Mirando su reloj.) ¡Qué paz hay aquí! ¡Qué recogimiento! ¿Estará fuera de casa mi esposa? Clara es tan bromista... tampoco es fea Clara. Qué ha de ser fea; lo que es muy reguapa... y tan elegante y tan distinguida... y tiene un descaro tan delicioso, ¡ji, ji, ji, es muy agradable la amiga de mi mujer... demonio, ¿me oirán? (Va de puntillas á una de las puertas de la izquierda; la abre y dice en voz baja:) ¡Matilde! (Cierra la puerta y va de puntillas á la otra puerta de la izquierda, hace lo mismo y dice también en voz baja:) ¡Matilde! (Repite lo mismo á la puerta primera de la derecha. Por último, va á la puerta por donde entró Clara, y al decir Ma... se presenta Clara diciendo en voz alta:)

CLARA ¿Qué es eso? (El Conde, asustado, cae sentado en una silla que hay cercana á la puerta y se queda mirando á Clara fijamente. Clara, con los brazos cruzados, le mira á él de hito en hito.)

ESCENA X

EL CONDE y CLARA

CONDE (Esta señora se ha venido á vivir aquí.)
CLARA Muy buenas noches, Conde, muy buenas noches.
CONDE Estoy á los pies de usted, bellísima amiga.
CLARA ¿Galanteador y todo?
CONDE Sí, señora, porque necesito ser amigo de usted.
CLARA ¿Pide usted cuartel?
CONDE Pido más que eso.
CLARA ¡Hola!
CONDE Necesito que me haga usted un favor.
CLARA Si puedo...
CONDE Creo que sí.
CLARA Y si quiero...

CONDE

¡Ah!

CLARA

¿Qué necesita usted de mí?

CONDE

(Levantándose de pronto y cogiendo por la mano á Clara) ¡Necesito que me diga usted dónde está mi mujer!

CLARA

¡Hombre, por Dios, que me destroza usted la muñeca! (El Conde la suelta.) ¡Qué maneras! ¿A qué hora ha comido usted?

CONDE

Señora, por Dios y los santos, tenga usted la bondad de no impacientarme.

CLARA

Tenga usted calma. (Riendo.)

CONDE

¿Dónde está Matilde?

CLARA

En el baile.

CONDE

¡No es verdad!

CLARA

¡Eh!

CONDE

¡Ay! perdón, (Dándose golpes en el pecho.) perdón, Clarita, perdón, se me ha escapado, soy un grosero, dispense usted...

CLARA

Le desconozco á usted. Qué modo de descomponerse...

CONDE

Es que, francamente, tengo motivos para estar inquieto.

CLARA

¿Pues qué pasa?

CONDE

Que vengo del baile y que mi mujer no está allí.

CLARA

Pues estará en otra parte.

CONDE

¿Qué está usted diciendo, señora?

CLARA

Eso se le ocurre á cualquiera.

CONDE

Ya, pero no es una razón. Son las once y media de la noche.

CLARA

No señor, no, son las doce menos cuarto.

CONDE

¡Ya ve usted! ¿A dónde ha podido ir á estas horas?

CLARA

Diga usted, Conde, ¿á dónde va usted á las dos, á las tres y á las cuatro de la madrugada? Usté suele venir á casa al amanecer.

CONDE

Es distinto. Yo estoy en el Casino, ó...

CLARA

Puede ser que Matilde haya ido al Casino.

CONDE

Señora, por caridad... ¿Usté pretende que las mujeres sean como los hombres?

CLARA

No; pretendo que sean mejores.

CONDE

En suma; usted no sabe...

CLARA

Yo no sé nada.

CONDE

¿Y qué debo yo hacer?

- CLARA ¡Nada!
- CONDE ¿Y si tarda en volver?
- CLARA ¡Nada!
- CONDE ¿Y si no vuelve?
- CLARA ¡Nada!
- CONDE ¡Pues señor, es un gran consejo!
- CLARA ¡Así como así, qué más da!
- CONDE ¿Usted sabe algo?
- CLARA ¿Ha jugado usted á prendas alguna vez?
- CONDE ¿Por qué?
- CLARA Porque hay un juego muy bonito. El que tiene la prenda está condenado á adivinar lo que debe hacer, y ya es tocar un objeto, ya es mover una silla, ya es besar á un niño, ya es pasar junto á una señora, etc., etc. Uno de los presentes se sienta al piano y toca una pieza cualquiera. Cuando la víctima está cerca de aquello que debe hacer, el pianista toca muy bajito, y cuando no, toca muy fuerte, muy fuerte.
- CONDE Bien, ¿y qué?
- CLARA Que es como cuando le dicen á uno «¡que te quemas!»
- CONDE ¡Y bien, y qué!
- CLARA ¡Nada, que usted se quema!
- CONDE Y que no doy en el quid.
- CLARA Justamente.
- CONDE ¡Usted sabe algo!
- CLARA Yo no sé nada.
- CONDE Usted conoce los secretos de Matilde.
- CLARA No señor.
- CONDE ¡Usted sabe dónde ha ido!
- CLARA ¡Que no!
- CONDE ¡Usted ha encendido sus celos!
- CLARA ¡Bah!
- CONDE Usted se burla de mí.
- CLARA ¡Conde!
- CONDE Y yo voy á buscarla á ella.
- CLARA ¿A que no?
- CONDE ¿A que sí?
- CLARA ¿A que no? (Ofreciéndole el sombrero del Pasante.)
- CONDE Ahora mismo. (Toma el sombrero y se le pone para irse. El sombrero le está muy grande y se le

cuela hasta los hombros.) ¡Eh? Este sombrero no es el mío.

CLARA ¡Ay! (Fingiéndose que se asusta al ver descubierto un enredo.)

CONDE ¡Este sombrero no es el mío! ¡El mío es este! (Tomando el suyo.) ¿De quién es este otro?

CLARA ¡Conde, le aseguro á usted!...

CONDE En casa no hay más hombre que yo; ¿de quién es esto?

CLARA Yo no sé... puede que sea de don... de don...

CONDE ¿De quién?

CLARA ¡De don Silvestre!

CONDE ¿Quién es don Silvestre?

CLARA El médico de Matilde.

CONDE ¿Y dónde está?

CLARA Aquí estaba; vino á ver la niña.

CONDE ¿Está usted segura?

CLARA Sí...

CONDE ¡Don Silvestre! (Entra con un sombrero en cada mano á uno de los cuartos de la derecha. Clara riendo se sienta al piano y comienza á tocar el trágala, fortísimo.)

CLARA ¡Ahora un poquito de trágala para que rabie!

CONDE ¡Don Silvestre! (Sale del cuarto y entra en la puerta inmediata.)

CLARA ¡Pobre hombre!

CONDE ¡Don Silvestre, don Silvestre! (Cruza la escena y va á entrar en uno de los cuartos de la izquierda. Clara toca bajito cuando el Conde pasa junto al cuarto de la niña, y muy fuerte cuando se separa.)

CLARA ¡Así aprenderás, monstruo!

CONDE ¡Don Silvestre! ¡Señora, usted me desespera, usted me marea!

CLARA ¡Que te quemas!

CONDE ¡Esto es muy grave! (Entra el Criado con el té.)

¿Es tuyo este sombrero?

CRIAO ¡Señor!

CONDE (Le pone el sombrero al Criado, y se le cuela hasta los hombros.) ¡Tampoco! ¡Ya no hay duda! ¡Aquí entra un amante! ¡Estoy en berlina! ¡Le mataré! ¡Los mataré! ¡Me mataré! (Cae sobre el sofá de la derecha.)

CLARA (Yendo á caer sobre el sofá de la izquierda, riendo á carcajadas.) ¡Esto va bien! ¡Ya está celoso! ¡Ya empieza á quererla!

(El Criado queda en el centro de la escena con la bandeja de las tazas de té en la mano, el sombrero metido y dando vueltas alrededor de sí como mareado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración. El Conde está en el mismo sofá donde cayó al final del segundo acto, pero de espaldas á Clara. Tiene en la mano el sombrero y le dá vueltas mirándolo con curiosidad por todas partes. Clara está al otro lado de la escena, también de espaldas al Conde, calentándose los pies en la chimenea y leyendo un periódico. El té debe estar sobre el velador que hay junto á la chimenea.

ESCFNA PRIMERA

CLARA y el CONDE

CLARA (Leyendo el folletín.) «Sí, dijo la Condesa con
»ademán dramático, os aborrezco, retiraos,
»caballero, retiraos, vuestra presencia me
»hace daño.—Permitidme, dijo el Conde
»profundamente conmovido, que os recuer-
»de quien soy.—Todo acabó entre los dos,
»caballero, exclamó la Condesa. El Conde,
»de pálido que estaba, se puso lívido.» (El
Conde, que no cesa en sus observaciones, da un golpe
con el puño al sombrero. Al ruido se vuelve Clara, se
ríe y torna á leer.) «Un rayo que hubiera caído
»á sus pies no le hubiera producido más
»efecto. Mister Harris presenciaba esta esce-
»na con esa serenidad peculiar de los mari-
»nos ingleses.» (Al leer esto se vuelve á mirar al

Conde, que no sale de su abstracción.) «La Condesa suspiró penosamente. Retiróse su esposo hablando solo. Mister Harris se sentó con esa serenidad peculiar de los marinos ingleses.»

CONDE (Mirando el forro del sombrero.) «Fábrica de sombreros de Juan Lleset, calle del Mar, Valencia.» ¡Es un valenciano!

CLARA (Leyendo.) «Tan conmovida estaba nuestra heroína, que no reparaba en el valiente marino á quien debía la vida. Volvió á suspirar. Mister Harris estornudó con esa serenidad peculiar de los marinos ingleses.» Realmente se necesita gran serenidad para constiparse. ¡Qué cosas escriben! ¡Y á todo esto el amiguito sin darse por entendido!

CONDE Grasiento está. El dueño tiene poco dinero.

CLARA ¡Qué distracción!

CONDE ¡Y está de luto! Me alegro, hombre, me alegro.

CLARA (Leyendo.) «Cuando la Condesa se quedó dormida, mister Harris bebió un sorbo de té con esa serenidad...» Al diablo con la serenidad de los marinos. Voy á tomar yo el té con toda la serenidad posible. (Quédase mirando al Conde.) ¡Chist! (Llamándole, el Conde no la oye.) ¡Chist! (El Conde sigue de espaldas.) ¡Conde! ¡Eh! ¿Qué es eso? (Volviéndose.)

CONDE Creí que se había usted dormido.

CLARA No, señora, no, estoy muy despierto.

CONDE Yo leía en voz alta, y usted nada, sin darse por entendido.

CLARA ¿Leía... usted?

CONDE Sí. Una novela de Timoteo Trim. ¿Conoce usted al autor?

CLARA No, señora.

CONDE Yo sí. Me lo presentaron en París. ¿De veras no conoce usted á Trim?

CLARA No.

CONDE ¿Y á Grim?

CLARA (Levantándose.) No, señora, ni á Trim, ni á Grim, ni á Perlipín! (Cuidado que es empeño de ponerme nervioso.) (Comienza á pasear.)

CONDE Vaya, venga usted á tomar una tacita de té.

CONDE Muchas gracias. Le tomo más tarde. (Pausa. Suenan las doce en el reloj de la chimenea. Mientras da la hora el Conde está parado en medio de la escena con los brazos cruzados mirando al suelo. Clara le observa detenidamente. Se oye dentro la voz de la niña)

ROS (Dentro.) ¡Mamá!

CONDE ¿Eh? ¿Ha oído usted?

CLARA Sí.

ROS (Idem.) ¡Mamá!

CLARA Es la niña.

CONDE ¡Ahí tiene usted! La niña, que llama á su madre. ¿Dónde está su madre?

CLARA Yo... no sé.

CONDE ¡Esto es una indignidad! Esa pobre niña...

CLARA ¡Ja, ja, ja!

CONDE ¿Qué?

CLARA ¿De cuándo acá tan padrazo?

CONDE ¿Pero no es verdad que?...

ROS ¡Mamá!

CONDE ¡Francisco! A ver, la doncella.

CRIADO (Entrando.) Señor.

CLARA (Al Criado.) Nada; entre usted hombre, entre usted.

CONDE Yo...

(Clara dice que sí con la cabeza. El Conde, después de pensar un momento, entra en el cuarto donde está la niña.)

CLARA No tiene mal fondo, pero es tal, que si ahora hubiera oído la voz de una mujer al mismo tiempo que la de su hija, puede que hubiera dudado... Yo no sé por qué se casan tan pronto estos muchachos.

(Vuele á la escena el Conde y se queda parado en el umbral de la puerta.)

CLARA ¿Ha arropado usted á su hija?

CONDE Amiga, mía, hay cosas que le aseguro á usted... (Muy conmovido.)

CLARA ¿Qué?

CONDE Sepa usted que he entrado, me he inclinado sobre la cama para dar un beso á mi hija para ver qué quería... y... (Suspira.)

CLARA ¿Y qué ha sucedido?

CONDE En cuanto me ha visto se ha arrebujaado

en las sábanas hecha un ovillo, temblando de miedo.

CLARA

(¡Ah!)

CONDE

¡Mi hija... me tiene miedo!

CLARA

¡Desdichados los hijos que se asustan de ver á sus padres! ¡Desgraciados padres los que dan miedo á sus hijos! (Con tono solemne.)

CONDE

Es un detalle que me irrita.

CLARA

¿La ha tratado usted mal alguna vez?

CONDE

No. Es decir... yo apenas la veo: hace poco rato me cogió en un mal momento y la aparté de mí, ¡pero su madre tuvo la culpa! ¡Figúrese usted que ha enseñado á la niña á darme bromitas! ¡La educa mal!

CLARA

Por eso un padre debe cuidar por sí mismo de la educación de sus hijos.

CONDE

Es verdad. (De muy mal humor.)

CLARA

Vea usted lo que son las cosas.

CONDE

¿Cómo son las cosas?

CLARA

Usted, que es el Adonis de las mujeres, ¡da miedo á los niños!

CONDE

¡Clara!

CLARA

Y lo que es peor, á los suyos. (Con gravedad.)

CONDE

¡Qué noche! ¡Dios mío, qué noche! ¿Pero dónde está Matilde? ¡De quién es este sombrero! (Cogiéndolo.)

CLARA

Veo que está usted en el buen camino y le voy á sacar de penas. ¿No se había usted dejado aquí un sombrero esta noche?

CONDE

Sí.

CLARA

Pues bien; vino el médico y se llevó el de usted por llevarse el suyo.

CONDE

Esa es otra broma.

CLARA

(Levantándose.) Señor Conde, se lo juro á usted. (¡No me tome Dios en cuenta el juramento!)

CONDE

Basta, señora, basta. Pues apenas me ha hecho rabiar... ¡Eh! (Arrojándolo al suelo.)

CLARA

Desconfiaba usted de Matilde.

CONDE

Yo...

CLARA

Duda usted de su mujer, que sufre tanto.

CONDE

¿Sufre?

CLARA

¡Duda usted de una mujer que tolera sus

caprichos, que ve con paciencia que ama usted á una bizca!

CONDE

Clara.

CLARA

¿No sabe usted que los ojos son el espejo del alma? Pues claro está que los bizcos tienen el alma torcida.

CONDE

¡Siempre tan bromista!

CLARA

¡Bah!

CONDE

Mis caprichos no tienen malicia.

CLARA

Vamos, que la viudita le gusta á usted.

CONDE

Crea usted que ya no me gusta. (¡Tenerme miedo la niña!)

CLARA

¿Quién, ella?

CONDE

Ella y todas.

CLARA

¿De veras?

CONDE

De veras.

CLARA

(Ahora lo veremos.)

CONDE

Pero ¿dónde ha ido mi mujer?

CLARA

Esté usted tranquilo. No ha ido á nada malo. Le juro á usted de nuevo...

CONDE

No, no jure usted. Sin saber por qué, usted me convence de todo. La creo á usted...

CLARA

Desde que es usted celoso...

CONDE

¿Celoso? ¡Bah!

CLARA

(Ahora lo veremos.) Deje usted que su mujer esté donde quiera. Viene usted aquí y no la encuentra, pero en cambio se encuentra usted con otra mujer que... ahora que nadie me oye, me parece que no es tan fea... ¿eh, amigo mío? (Con mucha coqueteria.)

CONDE

(¡Ay, ay, ay, ay!...) (Mirándola fijamente.) ¡Qué ha de ser fea!

CLARA

¿Cree usted?...

CONDE

Creo que es una de las mujeres más hermosas... (¡Tonto de mí, que he perdido una hora!)

CLARA

(¡Habrás pícaro!) De veras, ¿no toma usted el té?

CONDE

No puedo ahora...

CLARA

Pues sea usted galante, sírvame usted á mí.

CONDE

¡Ya lo creo! ¡Con mil amores! (Le sirve el té sin dejar de mirarla.)

CLARA

Que lo derrama usted.

CONDE

¡Ah, es verdad, es verdad! Perdone usted,

pero cuando uno está al lado de una mujer tan atractiva, (Acercando una silla.) tan interesante y tan adorable... (Se va á sentar, siempre mirando fijamente á Clara. En este momento entra el Criado con el Pañuelo envuelto en el sobre.)

CRIADO

Señor...

CONDE

(Al oír la voz se asusta y cae sentado en el suelo.)

¡Animal! Antes de entrar se pide permiso.

CLARA

¡Ja, ja, ja!

CRIADO

Acaban de traer este paquete.

CONDE

(Tomándolo.) ¡Bueno! ¿Ha visto usted qué zopenco? (¡Interrumpirme ahora!) ¿Y qué demonios será esto?

CLARA

Muy importante debe ser. A esta hora...

CONDE

Tiene usted razón, á estas horas...

CLARA

Es la hora de los contrabandos.

CONDE

(Abriendo el paquete) ¿Qué diablos será? (Saca del paquete el mismo pañuelo que bordaba la niña en el primer acto.) ¡Un pañuelo!

CLARA

¡Hola, hola, hola! Otro pañolito, ¿eh?

CONDE

Le aseguro á usted que no comprendo...

CLARA

Pues yo le aseguro á usted que con sus amores y sus conquistas va usted á lograr que se encarezca el hilo.

CONDE

¡Clara! ..

CLARA

Está bien, está bien. ¿Quién es ella?

CONDE

No sé.

CLARA

¡Angelito! ¡El no sabe nada! Con sus letras y sus armas, y...

CONDE

¡Francisco! (Entra el Criado.)

CRIADO

Señor...

CONDE

¿Quién ha traído este paquete?

CRIADO

Un criado.

CONDE

¿De parte de quién?

CRIADO

No ha dicho nada.

CONDE

Vete.

CLARA

Pero hombre, es posible que sea usted así...

CONDE

Clara, le pido á usted por favor...

CLARA

¡Y luego se enoja usted porque su mujer vaya al baile! ¡Y además tiene usted la desfachatez de enamorarme á mí! ¿Y esto, amigo mío, y esto? (Poniéndole el pañuelo delante de las narices.)

CONDE

Si á lo menos hubiera sido remitido con una carta...

- CLARA ¿Ha visto usted si trae las señas en el sobre?
CONDE ¡Ah! (Recogiendo el sobre del suelo.) ¡Sí, está mi nombre y las señas de la casa! Yo conozco esta letra, ¿y usted?
- CLARA Yo también.
CONDE ¿Sí?
CLARA Sí.
CONDE ¿Sí?
CLARA Sí, hombre, sí. (Imitándole.)
CONDE ¿De quién es?
CLARA Ah, señor Conde, ¿quiere usted que le regalen el oído?
CONDE Clara, por piedad, le juro á usted que no sé lo que me pasa. Hable usted, sea usted franca conmigo...
CLARA ¿Para qué? ¿Y si no quiero decirlo? ¿Y si mi castigo fuera ese?
CONDE ¡Castigo! (¡Cáscaras, se ha picado, tiene celos, uf!) Pues bien, no lo quiero saber.
CLARA ¿De veras?
CONDE Palabrâ de honor.
CLARA Júremelo usted.
CONDE Lo juro.
CLARA ¿Por estas? (Haciendo cruces con los dedos y presentándose las.)
CONDE Por estas. (Besándole los dedos.)
CLARA ¡Conde!
CONDE ¡Ay! Perdone usted, se me escapó al jurar...
CLARA ¡Hará usted que me enfade!
CONDE ¡Sólo eso me faltaba en medio de tantas confusiones!
CLARA Está bien, no me enfadaré, pero no sabrá usted quién es la incógnita del segundo pañuelo.
CONDE Si le he dicho á usted que no lo quiero saber.
CLARA ¿Y por qué ya no?
CONDE Porque sea quien sea, esa persona no valdrá lo que usted.
CLARA ¿Continuamos?
CONDE Continuamos. Yo, Clara... (¡Qué demonio, si no se me ocurre nada!)
CLARA ¿Decía usted?
CONDE (¡Si ya no me acuerdo más que del nuevo

- regalo! ¿Quién será? ¡Oh, será una mujer muy bonita! ¡Si yo tengo mucho partido!)
- CLARA Conde, acuéstese usted. Creo que está usted malo.
- CONDE Sí, señora, estoy nervioso, muy nervioso.
- CLARA Tome usted otra tacita de té.
- CONDE Gracias.
- CLARA ¿Está usted pensando en ella?
- CONDE Pues bien, sí, usted me encanta; usted me fascina, usted me vuelve loco; pero conven-gamos en que es un tormento vivir á os-curas.
- CLARA Pues usted vive así continuamente.
- CONDE ¿Cómo?
- CLARA ¡Si le digo á usted que yo sé tantas cosas!
- CONDE Amiga mía, querida amiga, sáqueme usted de penas.
- CLARA Consiento.
- CONDE ¡Oh, muchas gracias!
- CLARA Pero con una condición.
- CONDE ¿Cuál?
- CLARA ¿Usted quiere saber quién ha bordado este pañuelo?
- CONDE ¡Sí!
- CLARA Pues regáleme usted el otro.
- CONDE ¿El otro?
- CLARA El de la de Pérez.
- CONDE Clara...
- CLARA Nada, nada, nada. Regáleme usted el otro.
- CONDE ¿Para qué?
- CLARA ¿Para qué ha de ser, hombre? Para limpiar-me las narices.
- CONDE ¿No hará usted mal uso de él?
- CLARA Eso no se pregunta.
- CONDE ¿Me guardará usted el secreto?
- CLARA Le echaré dos vueltas á la llave del corazón.
- CONDE Clara, encantadora Clara, le pido á usted de rodillas... (Se arrodilla.)
- CLARA ¡El otro pañuelo!
- CONDE Míreme usted de hinojos.
- CLARA ¡El pañuelo!
- CONDE Le ruego á usted...
- CLARA El pañuelo, monstruo, el pañuelo.
- CONDE Ahí va. (Se lo da.)

CLARA ¡Ajajá! Así me gusta. Los niños obedientes...
CONDE Me dirá usted ahora...
CLARA ¿El nombre de la incógnita?
CONDE Sí, pronto.
CLARA Pues se llama... se llama... ¡ay! carísimo
Conde...
CONDE ¿Qué?
CLARA ¡Que se me ha olvidado!
CONDE (Levantándose furioso.) ¡Muy buenas noches!
CLARA ¡Oiga usted!
CONDE ¡Abur! Es cosa de morirse.

ESCENA II

CLARA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué mosca lleval! Pero él volverá, y si no he de llamarle yo antes de que su mujer entre en casa. Pero señor, ¿es posible que el hombre sea tan vanidoso y tan tonto? Ahí tiene usted á este buen señor creyendo á pies juntillas que todas las madrileñas están bordando pañuelos para enviárselos á él. ¡Qué corazón tan simple y qué narices tan afortunadas! Quiera Dios que estas tonterías sirvan para hacerle entrar en vereda.

ESCENA III

CLARA, la CONDESA, CARLITOS

CRIADO La señora Condesa.
CLARA (¡Ah!)
COND. Mírale; le traigo conmigo.
CLARA ¡Si está tan guapo! (Besando al niño.)
COND. Pobre ángel mío, quería verme.
CLARA Pues bien, dentro de poco le abrazará su padre.
COND. ¿Eh?
CLARA Y á la niña también.
COND. ¿Es posible?

CLARA ¡Y tú, toma! (Dándole el pañuelo de la viuda de Pérez.)
COND. ¡El pañuelo de la viuda!
CLARA La detestará.
COND. ¡Amiga mía!
CLARA ¡Escondeos!
COND. ¿Será posible?
CLARA A una seña mía, presentaos en escena. (La Condesa y Carlitos entran en el cuarto de la izquierda.) ¿Habrán vestido ya á la niña? (Entra detrás de ellas.)

ESCENA IV

EL CONDE, luego el CRIADO

CONDE ¿Se habrá marchado ya esta buena señora? ¡Qué noche tan divertida! Me descubren el enredo de la de Pérez; me descubren un enredo nuevo; esta señora se burla de mí, y mi mujer saca los pies del plato. Vaya usted á saber... Y después de todo, yo no tengo derecho para hacerla reconvencciones. Siete años y pico llevamos de casados, y en esos siete años maldito lo que yo me he ocupado de mi mujer. Yo la hice condesa, ella me hizo millonario, yo tenía veintitrés años, ella tenía diecinueve... y ella disfrutó de mi posición y yo me he jugado su dinero. ¡Pero es el caso que el dinero se acaba y que mi señora esposa comienza á darme que pensar, y que mi niña me tiene miedo! (Quédase pensativo y mirando fijamente al velador sobre el cual está la carta de Carlos.) ¿Quién me habrá enviado á mí este segundo pañolito? Aquí hay algo que yo no entiendo... Esta amiguita... esta amiguita... (Repara en la carta de Carlos. La toma y la lee.) ¿Qué es esto? ¡Ah! ¡Y luego dirán que no es cierto el presentimiento! Una carta... un amante... un... ¡ay, pobre honra mía! (Cae sobre un sillón, abrumado. Pausa.) Es decir que las bromitas de Clara tenían verdadera importancia; es decir que mi mujer...

me pagaba en la misma moneda... ¡Es decir que estoy en ridículo! ¡Francisco! ¡Francisco!

CRIADO

¿Señor?

CONDE

(Pausa.) Nada. (Comienza á pasear. El Criado se retira) ¡Francisco!

CRIADO

(Entrando.) ¿Señor?

CONDE

(Después de mirarle fijamente y como queriendo hablarle.) ¡Nada, hombre, nada! (El Criado se va.) ¿Qué iba yo á hacer? Pregonar mi deshonra; contar á los criados lo que me pasa... y después de todo, ¿á quién mejor?... este es un criado fiel, un perro. Hace que me sirve doce años; puede ser que él sepa algo... ¡Francisco!

CRIADO

(Entrando.) ¿Señor?

CONDE

(Después de una pausa.) Un vaso de agua. (Paseando de nuevo.) Estoy loco. ¿Con qué derecho culpo yo á mi mujer? Yo, que como dice su amiga, voy á encarecer el hilo... En fin, yo necesito saber lo que pasa. ¡Ah, ya sé cómo! Me decido á preguntarle á Francisco. Voy á hacer como que lo sé todo. Eso es. Así no me podrá negar nada. Sí, señor, es un gran recurso.

CRIADO

(Entrando con el vaso de agua.) Aquí tiene usía el agua.

CONDE

¿El agua, eh? Bueno, bébetela.

CRIADO

Señor...

CONDE

Bébetela, hombre, yo no la quiero. (Francisco bebe el agua con toda la seriedad cómica posible.)

CONDE

Dime, Francisco.

CRIADO

Mande usía.

CONDE

Me vas á decir la verdad, la verdad lisa y llana. ¿Cuántos días hace que ha estado aquí el... el... señorito Carlos?

CRIADO

Ocho días justos.

CONDE

(¡Ya no es posible dudar! ¡Los criados están enterados! ¡Es horrible!) ¿Verdad que es horrible?

CRIADO

No, señor.

CONDE

¿Cómo que no?

CRIADO

¡Es muy guapo!

CONDE

¿Qué estás diciendo, animal?

CRIADO Yo...

CONDE ¿Quién te mete á ti en ver si es guapo ó feo?

CRIADO Perdone usía.

CONDE Dime. ¡La verdad! ¡Siempre la verdad! ¿Qué hizo cuando entró?

CRIADO Lo que hace siempre que viene. Arrojarse al cuello de la señora, y llenarla de besos...

CONDE ¡Ay! (Dejándose caer sobre una butaca.)

CRIADO ¿Se pone usía malo?

CONDE ¡Quítate de ahí! (Pausa larga.) ¿Conque de besos, eh, Francisco?

CRIADO ¡Naturalmente!

CONDE ¿Naturalmente? ¡Ah, pillo! (Le echa del cuarto á puntapiés.)

ESCENA V

EL CONDE, CLARA

CONDE ¡Me voy á pegar un tiro!

CLARA ¿Qué le sucede á usted ahora?

CONDE ¿Qué me sucede? ¡Que soy el hombre más infeliz de la tierra! Que... en fin, señora, supuesto que no es un secreto para los criados, tampoco lo será para usted; tampoco lo es para mí. ¡Lo sé todo!

CLARA ¡Hombre, gracias á Dios que sabe usted algo!

CONDE ¡Mire usted! (Enseñándole la carta.)

CLARA (Riendo.) ¡Tiene celos de su chiquitín!

CONDE ¡Ah! ¿Le parece á usted poco? Un joven que se llama Carlos... que escribe á mi mujer; que la tutea; que le dice que vendrá á abrazarla, y que según confesión de mis criados, viene á verla y la da muchos besos.

CLARA ¡Naturalmente!

CONDE ¡Pues señor, todo el mundo lo encuentra natural!

CLARA ¡Muy natural! ¿No hace usted otro tanto?

CONDE ¡Clara!

CLARA No hay más Clara ni más oscura. Usted enamora á la de Pérez, usted ha hecho el amor el año pasado á dos amigas mías, usted ha pasado un invierno en los bastidores del

teatro Real... ¿Hombre, qué más? ¡Yo le he visto á usted en coche con una modista!

CONDE ¡Señora, por el amor de Dios!...

CLARA Y después de todo eso se incomoda usted por una friolera.

CONDE ¿Cómo friolera, señora?

CLARA Es muy original la lógica de los hombres; para ustedes todo, para nosotras nada. Lo que en nosotras es un crimen en ustedes es una ligereza; ustedes no tienen más que derechos, nosotras no tenemos más que deberes. Una mirada es cosa grave en una mujer; en un hombre es cortedad contentarse con una mirada; los deslices del hombre son moneda corriente, nuestros deslices son moneda falsa. Usted tiene una mujer joven, hermosa, instruída, discreta, y usted se va de su lado para buscar aventuras por esos mundos; tiene usted hijos y casi no los conoce, tiene usted una casa y casi no la habita, y mientras usted se pasea por ahí con otra y se juega la fortuna de sus hijos al treinta y cuarenta tiene usted la ridícula pretensión de que Matilde se pase los días encerrada como una monja, esperando á que usted los lleve á todos á San Bernardino; no, amigo mío, no, ni tanto ni tan calvo que se nos vean los sesos; yo me alegro mucho de que le pasen á usted estas cosas, y pues usted se tiene la culpa, con su pan se lo coma, y trágala, perro.

CONDE Sí, tiene usted razón, yo soy un miserable que no he sabido apreciar á mi mujer hasta ahora en que ya el mal no tiene remedio; ahora que ya estoy en ridículo.

CLARA ¡Pero de qué manera!

CONDE ¿Sí, verdad?

CLARA Mucho.

CONDE ¿Lo sabrá mucha gente?

CLARA Todo Madrid.

CONDE ¿De veras?

CLARA Y ha de llegar día en que nadie le mire á usted á la cara.

CONDE ¡Clara!

CLARA Y dirán... ¡Eso es!
CONDE ¡Oh!
CLARA ¡Pobre hombre!
CONDE ¡Por piedad!...
CLARA ¡Aviado está!
CONDE ¡Jesús!
CLARA ¡Que baile!
CONDE ¡Señora, mire usted lo que dice!
CLARA Nada, nada, Matilde no se ocupará de usted,
y hará perfectamente.
CONDE ¡Cree usted!
CLARA ¿A quién pudiera amar mejor que á Carlos?
CONDE ¿Luego usted le conoce?
CLARA Sí señor.
CONDE ¿Me dirá usted quién es?
CLARA Siempre que usted me prometa hacer lo que
yo le diga.
CONDE Todo lo que usted quiera.
CLARA Prométame usted amar á su mujer sobre
todas las cosas.
CONDE ¿Cree usted que puedo ya decorosamente
vivir con ella?
CLARA Sí señor.
CONDE ¿Cómo?
CLARA Yo tengo el medio de arreglarlo todo.
CONDE ¿Habla usted de veras?
CLARA Se lo juro á usted .. por Felipe.
CONDE Hable usted.
CLARA Amará usted á Matilde sobre todas las co-
sas.
CONDE Sí.
CLARA Se ocupará usted de sus hijos.
CONDE ¡Oh, sí!
CLARA ¿Me autoriza usted para que entregue á Ma-
tilde el pañolito de la de Pérez?
CONDE Sí.
CLARA Autoriza usted á Matilde para que lo arroje
á la chimenea.
CONDE ¡Sí, sí!
CLARA Pues bien, hablemos de Carlos.
CONDE ¿Será algún cualquiera, verdad?
CLARA Lleva un apellido ilustre.
CONDE ¿Es rico?
CLARA Como usted.

CONDE ¿Joven?
CLARA ¡Cinco años y medio!
CONDE ¡Eh!
CLARA Arrodílese usted ahí, que viene su mujer,
y es preciso que bese usted donde ella pisa!
¿Cómo se llama su hijo de usted?
CONDE ¡Carlos! (Muy compungido.)
CLARA ¡Pues ese es el novio de Matilde! (Imitándole.)
CONDE Mi hijo...
CLARA Su hijo de usted, que tiene ya una preciosa
letra, mejor que la de usted; su hijo de us-
ted, que viene aquí todos los sábados, y us-
ted no le ve nunca; su hijo de usted, cuya
voz no ha oído usted más que dos ó tres ve-
ces...
CARL. ¡Papá!
CONDE ¡Ah! ¡Esa es la voz! ¡Hijo de mi alma! (El
niño se sienta sobre las rodillas del Conde.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, CONDESA y ROSITA

CLARA ¡Entra, hija mía, entra y échale la bendi-
ción á este arrepentido!
CONDE ¡Matilde! (La niña queda oculta tras el vestido de
la Condesa.)
COND. ¡Qué pena pasé! ¿No sabes? Ha estado tres
días enfermo; por eso le he traído.
CONDE ¡Y has hecho muy bien, porque ya no quie-
ro que se separe de nuestro lado! ¡Qué alto
está y qué guapo! Dele usted á mi mujer
ese trapo.
CLARA Hija mía, perezca el pañuelo de listas azu-
les. Ya que no la podemos quemar á ella
hagamos auto de fe con él. Tu marido ha
recibido esta noche otro.
CONDE (A Clara con temor.) ¡Chist!
COND. ¡Ah! ¿el otro?
CLARA Y lo ha encontrado precioso.
CONDE Pero ..
COND. ¡Cuánto me alegro!
CONDE ¿Eras tú?

- COND. No. (Sonriendo.)
CLARA No.
CONDE ¿No?
COND. } No.
CLARA }
CONDE Pues entonces...
CLARA Ya que está usted en el buen camino no hemos de negarle la buena noticia. El pañuelo le ha bordado una señorita...
CONDE Bonita, ¿eh? (Muy alegre. En seguida se contiene arrepentido de volver á las andadas.) ¡Ay! Ustedes perdonen.
CLARA Muy bonita.
CONDE (Con temor de que se enfaden.) ¿Rubia?
CLARA Rubia.
CONDE ¿Joven?
COND. Acaba de cumplir cinco años.
CONDE ¡Ah! ¡Quiero verla! ¡Ya se quién es!
ROS. ¡Hola! ¡Quieres ya á mamá!
CONDE ¡Sí, la quiero, la idolatro, y á tí, y á tí, que sois y sereis de hoy más mi existencia toda! (Siéntase un niño sobre cada rodilla.)
CLARA ¡Vaya, Conde, que en cambio de mis trabajos de paz me hará usted el favor de influir para que asciendan á mi marido!
CONDE Sí, señora, le haré general, arzobispo, lo que usted quiera, porque á usted le debo una nueva era de felicidad y de ventura.
ROS. ¿Tienes ya mi pañuelo?
CONDE Sí, vida mía, tu pañuelo blanco, que se estrena enjugando las lágrimas del arrepentimiento.
COND. Fernando... (Llorando é inclinándose sobre él.)
CONDE ¡Ay, amor mío! (Reclinando la cabeza sobre el pecho de la Condesa y mirándola extasiado.)
CLARA (Al público) Convengamos en que el corazón del hombre no es más que un violín, cuyo sonido grato ó ingrato depende de la mujer que le toca.

NOTAS

El autor de esta comedia sería un ingrato si no rindiera un tributo de admiración á los artistas que la han ejecutado. Todo lo que el autor había sentido al escribir la obra, todo ha sido desempeñado de una manera tan magistral como completa.

Por un olvido involuntario se ha omitido en la lista de personajes el nombre del niño Adolfo Cebriano, que completa el cuadro final con su delicada voz é interesante figura.

Precio: DOS pesetas